

En 25 de octubre de 1860 se votó por fin una ley por la cual se abrogaba la pena de destierro y privacion de toda herencia al que abandonase la religion del Estado. Esta pena atroz, tratándose de una religion falsa y meramente civil, se acababa de imponer á seis pobres mujeres convertidas al Catolicismo. La Europa toda alzó un grito de indignacion contra aquella persecucion atroz, y con todo, las señoras protestantes de Francia é Inglaterra que representaron á favor de Alhambra, Trigo y los holgazanes de Granada, nada tuvieron que decir respecto de aquella persecucion.

Con todo, aun prescindiendo de la verdad de nuestro Religion y su unidad (de lo cual nunca puede un católico prescindir), no habia comparacion con respecto á España. Allí el Catolicismo fué en otro tiempo Religion del Estado; mas en España nunca lo fué el protestantismo. El Catolicismo aquí es una Religion independiente; allí no lo es. El protestantismo tiene aquí un colorido político y revolucionario, lo que no sucede allí.

El partido protestante hizo, á pesar de eso, los mayores esfuerzos por sostener las antiguas penas, y manifestó su desagrado por la abolicion de ellas. ¡Hé aquí la decantada tolerancia protestante! Tolerancia para todos los errores, pero tiranía para el Catolicismo.

Aun así, no se crea que aquella abolicion fué completa; antes al contrario, se prohibió que pudieran obtener cargos públicos civiles ni militares los que no fuesen luteranos; se prohibió la admision de institutos monásticos bajo gravísimas penas, y tambien contra los que se convirtieran al Catolicismo.

El que quiera abandonar la religion protestante, tiene que sujetarse á escuchar las exhortaciones de su pastor, y despues las del consistorio episcopal ó su delegado, por un espacio de tiempo ilimitado. Así es que á una criada llamada Josefina Bahzman se le obligó á oír estas predicaciones por espacio de ocho meses, desde mayo de 1861 hasta febrero de 1862. La pobre mujer padeció mucho durante este tiempo, pero no se dejó subyugar, y, por fin, se hizo católica. Su nombre fué justamente puesto en las actas del primer Congreso de Malinas (pág. 309, tomo I), y yo me complazco en citar lo aquí con elogio, come lo citó el señor conde de Montalembert.

Véase por este rasgo lo que es la tolerancia protestante en aquel país.

NUMERO 7º

Asesinatos de varios catolicos celebres, cometidos por los protestantes.

Suelen estos quejarse de los asesinatos intentados ó ejecutados por católicos contra algunos co-religionarios suyos notables, acusando por este motivo al Catolicismo de intolerancia.

Al príncipe de Orange le tiraron un pistoletazo, y se dijo que habia sido pagado el asesino por Felipe II, el cual puso su cabeza á precio.

Al almirante Coligny le dispararon un tiro en Paris pocos dias antes de la noche de San Bartolomé, en la cual fué asesinado.

Enrique III fué asesinado por un fraile dominico, teniendo puesto sitio á Paris.

Enrique IV fué asesinado por Ravailac, que se confesaba con un Jesuita.

Enrique Stuard, conde de Darnley, marido de María Estuard, fué volado con pólvora, estando durmiendo, y la opinion pública acusó á su mujer de haber sido cómplice en el asesinato, ó por lo menos de haberlo sabido antes, lo cual vino á confirmar despues casándose con Bothwell, acusado de ser el asesino de su primer marido.

Guy Fawkes de Yorkshire, soldado católico, fué cojido con un farol y una mecha en un sótano del Parlamento, dispuesto á volar al Rey y á todos los diputados, lo que se llamó *la conjuracion de la pólvora*. En ella estaba complicado un Jesuita.

Veamos lo que hay de cierto en estos cargos, y pasemos luego á formular otros. La cabeza del príncipe de Orange fué puesta á precio por Felipe II, como de vasallo traidor, y como solia hacerse entonces, no solamente en España, sino en toda Europa con las de los rebeldes, *bandidos* y grandes criminales. La justicia imponia así la pena capital, previa causa y sentencia al que no podia imponérsela por mano del verdugo (1).

Además el asesinato del príncipe de Orange no fué por motivos religiosos, ni por hereje, sino por causas políticas y por

(1) En Inglaterra, en la culta y tolerante Inglaterra, se estila todavía poner á precio las cabezas de los reos políticos. Por la de Stephens el jefe de los fenianos, ofrece actualmente el gobierno inglés 1,000 libras esterlinas.

rebelde contra el monarca español, al cual habia jurado obediencia, y cuyos Estados sublevaba.

Coligny era odiado de los parisienses, no solo por hereje, sino aun mas por traidor á la Francia, pues habia vendido á los ingleses los puertos de la nacion, y, sobre todo, el del Havre, llave del Sena y de Paris, motivo por el cual le hubieran odiado aquellos por sus traiciones y felonías, aunque fuera católico.

Además habia hecho asesinar al duque de Guisa, gran patriota y escelente católico, como veremos luego.

El asesino de Enrique III, Jacobo Clemente, estaba loco, y esto es bien sabido: la comunidad probó no tener culpa ninguna. El Rey, flojo y débil de carácter, era católico, aunque malo y relajado: no se le puede considerar como un hereje asesinado por católicos.

Además su asesinato fue providencial. El habia hecho dar de puñaladas al duque de Guisa y al Cardenal su hermano, sobre seguro, y estándose celebrando los Estados generales en Blois.

Enrique IV era católico cuando fué asesinado por Ravallac: los católicos nada tenian que temer de él, y era muy querido de ellos, y hasta de San Vicente de Paul, San Francisco de Sales y otros muchos Santos de aquel tiempo. Los protestantes, por el contrario, estaban recelosos de que castigara las demasías que contra él estaban cometiendo.

Tambien Ravallac se cree que estaba loco. El que se confesara dias antes con un Jesuita, nada prueba. El confesor no podia revelar el secreto sin faltar al sigilo sacramental, ni podia tampoco defenderse de los cargos alegando que habia querido disuadirle.

Véase sobre este particular la vindicacion de los Jesuitas en la obra de Crétineau Joly.

Veamos ahora algunos de los asesinatos ejecutados ó intentados contra católicos.

El duque de Guisa habia sacado de manos de los ingleses la ciudad francesa de Calais, en la cual tenian aquellos un *Gibraltar francés*. El traidor Coligny les vendió el puerto del Havre de Gracia á trueque de socorros contra los católicos, y aun ofreció trabajar por que recobrasen á Calais. Además pagó á Juan Poltrot de Mere, calvinista fanático, para asesinar al duque de Guisa, á cuyo fin, durante el sitio de Orleans, desertó de los hugonotes y esperó ocasion de disparar por la espalda un arcabuzazo al duque, estando este en una batería (1).

(1) Lo mismo fué asesinado el general Pimodam en la batalla de

Quando el duque de Guisa le preguntó por qué le habia asesinado, respondió secamente, que no tenia resentimiento ninguno personal contra él, pero que habia obrado *por el celo* de la Religion; y, en efecto, le habia fanatizado Teodoro Beza en Ginebra, donde habia apostatado del Catolicismo, y de donde salió para cometer su crimen (1). El libertino y obsceno Beza hizo la apología de aquel asesinato.

El duque de Guisa le contestó como buen católico: "Si vuestra Religion os enseña que debéis asesinar me, la mia me manda perdonaros, por lo mismo que me habeis ofendido y sois mi enemigo."

¡Soberbio rasgo en que contrastan la caridad católica con el fanatismo impío de aquellos calvinistas, que pedian entonces *libertad de conciencia!*

Por lo que hace á la *conspiracion de la pólvora*, véanse algunos datos ciertos, sin perjuicio de los aducidos por Cobbet en el tomo II de sus Cartas.

Jacobo I, hijo de la desgraciada María Stuard, era medio tonto, medio loco, medio pedante. Tuvo habilidad para depositar su confianza en los asesinos de su madre. Aquel necio tirano habia ofrecido suavizar las sanguinarias leyes de su antecesora Isabel; pero lejos de eso, las exacerbó aun mas, sobre todo contra los nobles católicos, á los cuales arruinó por completo. Uno de estos, sir Roberto Catesby, concibió el proyecto de asesinar al Rey con toda su camarilla escocesa y el Parlamento protestante, volándoles á todos al tiempo de la apertura de las Cámaras.

Como en el Parlamento habia algunos católicos, se queria salvar á estos. Uno de los lores católicos á quien se dirigió un anónimo, descubrió la conspiracion, y el dia 5 de noviembre de 1605, pocas horas antes de verificarse la esplosion, se prendió, en los sótanos del Parlamento á Guy Fawkes, oficial católico, con un farol encendido al lado de unos barriles de pólvora.

Los conspiradores eran pocos: los motivos de la conspiracion políticos, pues los escoceses de la camarilla de Jacobo I eran una pandilla de tiranos y ladrones odiosos, y como tales los pinta la historia de Inglaterra.

Al interrogar á Guy un lord escocés "¿para qué guardaba aquella pólvora? le respondió:—Para volarte á tí y á todos los mendigos escoceses y echaros de una vez á vuestras montañas."

Castelfidardo por un piamontés, que se habia alistado con este objeto en los zuavos pontificios.

(2) Véanse mas datos sobre esto en la Carta IX de Cobbet.

Entre los ajusticiados fué uno el Jesuita Garnier, que habiendo sabido el secreto en confesion y tratado de evitarlo, segun confesion de los conspiradores, con todo, se le quiso incluir entre estos, por no haber delatado lo que la moral y disciplina católica prohiben revelar (1).

El duque de Alba y casi todos los generales españoles en los Países-Bajos estuvieron para ser víctimas de asechanzas contra su vida.

D. Juan de Austria estuvo á pique de ser asesinado por cuenta de la Reina Isabel de Inglaterra y sus consejeros. El P. Rivadeneira, despues de referir cómo estos procuraron sem-
rar la guerra por todos los reinos católicos, dice: "Enviaron de Inglaterra un caballero noble, mozo y muy atrevido, llamado Egremundo Ratheliff (2), para que á traicion matase al dicho Sr. D. Juan. Aunque nuestro Señor fué servido que se descubriese la maldad, y fué preso el caballero, y confesando la maldad, le fué cortada la cabeza en la ciudad de Namur, y untamente con él á un su cuñado, que era su consorte y compañero en la traicion."

Los protestantes han atribuido el asesinato del conde de Darnley, marido de María Estuard, á esta y á los católicos; pero esto se halla ya reputado por una calumnia hasta por los mismos protestantes, y las cartas de la desgraciada Reina están ya reconocidas por apócrifas: la sana crítica ha descubierto que fueron falsificadas por cuenta de la *Reina doncella*, ó á sabiendas de ello.

Por el contrario, Darnley asesinó al católico italiano Rizzio, maestro de música y secretario de la Reina María, y estuvo presente y detrás de la silla de la Reina, mientras le daban de estocadas á las pies de esta, su mujer, que se hallaba en cinta.

Darnley, aunque aparentaba ser católico, por no desagradar á la Reina, en realidad era protestante.

Un año despues, hallandose este enfermo (en 1567) en Glasgow, fué su casa volada con pólvora y pereció aquel malvado entre sus ruinas. Bothwell, asesino de Darnley, era tambien medio protestante y obligó á María Stuard á casarse con él, cosa que ella no podia ni debia hacer, y que fué una debilidad criminal, de que no puede absolverle la historia, pero que pagó demasiado cara.

Bothwell fué derrotado por otro cómplice suyo, Murray, hermano natural de María Stuard, eclesiástico renegado y prior de San Andrés, hombre sanguinario, ladron y gran embustero,

(1) Véase á William Cobbet, Carta XII, tomo II.

(2) *Historia del Cisma de Inglaterra.*

que á su vez fué asesinado en 1570 por otro á quien habia confiscado sus bienes para robárselos, segun sus pérfidas mañas. Murray, persiguiendo á su hermana hasta prenderla, destronarla y entregarla á Isabel para que la asesinase jurídicamente, y John Knox, su amigo apóstata, sanguinario, grosero y fanático insoportable, hasta para la *Reina doncella*, son dos personajes á cual mas repugnantes entre los muchos monstruos que entonces abortó Escocia (1).

Crueldades de los herejes y revolucionarios con los católicos de Suiza en nuestros dias.—Asesinato del diputado católico Leu.

La herejía y la impiedad, hermanas gemelas, trabajan hoy dia contra el Catolicismo como en el siglo XVI, como en la época de la Reforma y de la Revolucion francesa; y, á pesar de las decantadas conquistas del siglo XIX, han ejecutado recientemente atentados horribles, de que no se necesitan citar libros, pues han pasado á nuestra vista. Las matanzas de religiosos y quemas de conventos en España é Italia durante el presente siglo, hablan muy alto contra esos elogios de la libertad y de las pretendidas conquistas. Pero sobre todas estas escenas de horror aparecen con mayor repugnancia los horrores y repugnantes crueldades de los radicales suizos contra los católicos del Sonderbund (2).

El Obispo de Friburgo, Mons. Marilley, fué desterrado, despues de haber sido atropellado y preso en un calabozo del castillo de Chillon, en 1848.

No recordaré los atropellos, violaciones y asesinatos de los bandidos alistados en los cuerpos francos, salvajes de la civilizacion europea, ni los horribles asesinatos cometidos contra los católicos, y el modo inhumano con que eran degollados y desuartizados los soldados del Sonderbund, que caian en sus manos y en las de sus prostitutas: me fijaré solamente en el ase-

(1) A Juan Knox, fraile renegado, zafio, de malas costumbres y peores mañas, le llama el Dr. Johnson, protestante, *el gran malvado de la Reforma.*

Acerca de Murray, ex-prior de San Andrés, dice Wítaker, tambien protestante, "que cometió los crímenes mas monstruosos" (Véanse sus citas en W. Cobbet, Carta X.)

(2) Véase á la pág. 122 algo relativo al origen de estos sucesos, y los medios tiránicos y anticonstitucionales con que fueron cerrados los monasterios atropellando al pacto federal.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

sinato del diputado Leu, muerto en su propio lecho, durante la noche del 19 de julio de 1845.

Leu, diputado por su Canton, católico fervoroso, y alma del partido religioso y sensato de Suiza, era hombre muy popular y querido en el país: fué asesinado en su propia cama de un balazo á quemaropa. La prensa impía aplaudió el crimen, y por su parte hizo lo que pudo por que quedara impune. El gobierno federal no parecia tampoco muy dispuesto á castigarlo; pero la indignacion general y el clamoreo de los hombres de bien á vista de tanto cinismo, obligaron á prender al asesino, bien conocido de todos.

Era este un tal Santiago Muller, que acababa de hacer quiebra. En sus declaraciones apareció que habia sido instigado por las sociedades secretas y algunos jefes de los cuerpos francos, que explotaron su ignorancia y desastrosa posicion, ofreciéndole impunidad y dinero para salir de sus apuros.

Entre los nombres de los seductores aparecian en el proceso los de José Buhler, principal instigador; el coronel Sneichen, y el capitán Corrugiotti: ¡á qué citar mas!

El asesino escaló la casa, para lo que se le facilitaron medios exteriores. La vista de un niño en la cuna, y los remordimientos, le hicieron desistir al pronto, y volvió pasos atrás. Necesitó animarse con un vaso de licor, volvió, y apuntó al corazón de Leu, que estaba medio descubierto en su lecho.

El asesino huyó precipitadamente por donde habia entrado, dudando si habria logrado su objeto pues al sentirse la detonacion oyó un grito penetrante y una voz que pronunciaba lo que esclaman los católicos en tales casos: ¡*Jesus María!*

Se dice que estos hechos aislados nada prueban.

—Para los vivos y los egoistas, nada: para los parientes y amigos de Leu, los católicos suizos y los hombres piadosos, probó y probará mucho. Probó y probará que los herejes y los impíos son en el siglo XIX lo que fueron en el siglo XVI y en todos tiempos, á pesar de los decantados adelantos de la civilizacion.

NUMERO 8º

Edicto de Nantes.—Su revocacion por abusos de los calvinistas.—
1685.

Enrique IV dió en 1598 un edicto de tolerancia para los calvinistas ó hugonotes, de los cuales habia sido jefe antes de su

conversion al Catolicismo. Los escritores franceses suelen poner en las nubes á Enrique IV; mas, á pesar de sus encomios, aparece que siempre fué hombre taimado, sensual y algo hipócrita: tuvo, en cambio, otras escelentes cualidades que no se le pueden negar en buena crítica.

Entre las varias queridas de Enrique IV, sobresalia la duquesa de Beaufort, llamada la *bella Gabriela*. Los protestantes la ganaron con dádivas y promesas. Enrique concedió el edicto aunque de mala gana, segun aparece de la correspondencia de M. de Thou, que secretamente era adicto al Catolicismo y reunió los antecedentes para él, juntamente con Chamier, hábil ministro protestante. Redactólo, aunque á su pesar, el canceller M. de Chiverny, el cual, en sus *Memorias de Estado* (pág. 316 de la edicion de 1636), despues de referir los manejos que hubo para ello, asegura que fué planteado *para vergüenza y confusion del Estado*.

El edicto de Nantes era un oprobio para la monarquía. El calvinismo era naturalmente antimonárquico, y mostró siempre un carácter democrático exagerado, desde su aparicion en Suiza y Francia. Con todo, Enrique IV concedia á los calvinistas ciento tres plazas para su seguridad, cuarenta y cinco mil escudos para el sostenimiento del culto, participacion en los destinos públicos, y otras varias gracias y seguridades á este tenor; en fin, hasta tener seis Asambleas generales propias.

Luego que obtuvieron los calvinistas el edicto, no se contentaron con él, y antes se mostraron tan exigentes y agresivos, que pidieron otras ciento tres plazas mas en otras provincias, y derecho para fortificarlas; y llegaron á exigir al Rey que demoliese las que él estaba levantando. Resuelto estaba Enrique á castigarlos á vista de tal felonía, conociendo el disparate que habia hecho con el otorgamiento del edicto de Nantes, cuando el puñal de un asesino fanático vino á poner término á sus dias.

Los calvinistas fingieron gran sentimiento, y, segun su táctica, metieron mucho ruido, echando la culpa á los Jesuitas para *desorientar* á los tribunales. Acostumbrados hoy dia á ver cómo se manejan estos negocios, y cómo en casos tales los conspiradores y asesinos piden socorro y favor á la justicia, no podemos menos de reirnos del espediente formado contra los Jesuitas, que solo sirvió para probar su inocencia. Los Jesuitas estaban recibiendo favores de Enrique IV á manos llenas. Ellos dirigian su conciencia, y en su testamento les dejó su corazón.

Pero los calvinistas no podian desconocer que el carácter de Enrique IV, aunque solapado, no era para sufrir ultrajes, y que los aprestos de la guerra contra España les alcanzarian á ellos, pues no era probable que se comprometiese en una guerra tan aventurada dejando á sus espaldas súbditos tan levantiscos y